

¡!! Les quiero matar!!!.....

Naín se sacó los zapatos y los lanzó al aire. Corrió a agarrarlos y sujetándolos por los cordones, como si fueran aspas de molino, los zarandeó al viento.

¡!! Les quiero matar!!!..... ¿Naín qué te pasa? Oye Naín ...Las señoras se acercaron de forma vertiginosa. Habían pasado tan sólo unos minutos desde la llegada de todos, y disfrutaban de una tarde soleada de mayo.

El resto de niños se daban codazos, y se miraban divertidos. Intentaban perseguirle, y entre risas le cantaban: ¡!!Naín no la hará, Naín no la hará....!!!!

Se abalanzó contra Ignacio, el más enjuto, quien pudo esquivarlo, y recibió el aplauso de todos...Oleeee, oleeee....

Sus ojos claros se volvieron del azul de un cielo de tormenta. Sin dejar de hacer rodar al aire las zapatillas, como un pequeño gladiador que se crece con la fuerza, se fue alejando. Cada vez con pasos más rápidos. Los niños decidieron seguir con el balón, las madres les pedían calma, e intentaban averiguar qué había precipitado semejante tensión. Murmullos de escándalo y carcajadas infantiles se solapaban en el jardín.

Naín se dispersó de forma fugaz entre los coches, lo único que quería era escapar, alguien consiguió sujetarle, pero con un manotazo se desprendió. Era rápido y ágil, y sin que nadie lo alcanzara, trepó por la capota de un coche, y se escondió.

Agachado y con la cabeza entre las piernas se acurrucó en la esquina del parking de la casa. A oscuras nadie lo encontraría. Movié sus cabellos rubios y lacios para quitarse el sudor. Él no lloraba, era fuerte. Solo quería estar solo. Notaba poco aire, tenía que respirar por la boca, y tenía las manos tan calientes como cuando, en la casa de la montaña, su abuelo le enseñó a preparar la chimenea. Seguía todo en silencio, no venía nadie. Sólo escuchaba unos golpes en su pecho, muy fuertes, muy rápidos. No pasaba nada. Esperaría sentado, porque no quería verlos nunca más. ¿¿Por qué su madre lo había traído a esa fiesta?? No eran sus amigos, él no era como ellos. Pero su padre le decía que si, que todos eran iguales, que vivían en el mismo barrio, que iban al mismo colegio, que tenían los mismos juguetes, y que incluso, en verano, con muchos se encontraba en la playa.

Pero eso era una verdad a medias. Porque de vez en cuando, algo le volvía a recordar que no, que él estaba fuera. Que se reían de él cuando les contaba que estuvo en una fiesta y que se puso un gorro pequeño negro, le decían que era raro cuando el día ese de Yom Kippur, que no sabía cómo explicarles que era, su madre le decía que no podía comer y no llevaba el bocadillo al colegio, y cuando Luis, su compañero de pupitre, le decía tenía una nariz grande como su papá, y que eso era signo de querer más dinero que nadie. Estaba cansado de decir que no le gustaba el jamón, y en realidad, no lo había probado.

Y ahora tenía frío, la camiseta estaba húmeda, y se sentía mojado. Oyó unos pasos, se acurrucó todavía más. En esa esquina no lo encontrarían.

Naín, guapo, Naín..... Se atrevió a mirar la cara de su madre, lo abrazó con fuerza. Ahora ya podía llorar, pero no quería moverse. Su madre se sentó a su lado, le acarició la cara. Le daba besos. Naín, ¿por qué?, ¿qué ha pasado?.

- Mamá, ¿qué es la comunión?